

La nueva capilla de la Residencia Sacerdotal San Pedro

“Entre todas las obras que la divina Majestad obra en la Iglesia por ministerio de los hombres, la que tiene el primado de excelencia, y obligación de mayor agradecimiento y estima, el oficio sacerdotal es. Conviene mucho conocer esta merced, para agradecerla al Señor que la hace, y también para usar bien de ella”¹.

La historia de la salvación es la historia de un sacerdocio. Es la historia de cómo Dios crea al hombre para darle participación en su vida eterna, y lo hace ofreciéndole una amistad que lo transforma y eleva, que fortalece lo que es y enaltece lo que va a ser. La capilla de la residencia refleja cómo el hombre empieza a ser siendo sacerdote y es llamado a una eternidad en el sacerdocio del Hijo de Dios. Por eso, en la capilla aparece la belleza de la gracia, la luz y el color de la acción divina que salva al hombre, y le recuerda al hombre, pone su insistencia en que es Dios el que salva, Dios el que ofrece mediación, el hombre el que se enaltece aceptando que su humanidad creada por amor y herida por el pecado manifieste el poder de Dios, ofrecido en humildad².

En medio de un mundo que se duele y llora porque no lo puede todo, porque se ve a sí mismo como dador de sentido y de alegría, el sacerdocio manifiesta justo todo lo contrario: es Dios el que lo puede todo, el que enriquece y da sentido, el que abre puertas y fronteras hacia lo eterno y feliz. En un lugar que el mundo contempla como desprovisto de alegría, de esperanza, de fruto, la capilla de la residencia proclama la armonía del misterio revelado, el camino salvador que Dios ofrece, la acción de la gracia sobre toda obra humana, la necesidad de Dios ante cualquier tentación de independencia, la felicidad de la confianza ante cualquier invitación moderna a la autosuficiencia: el Dios Trinitario da luz y vida al hombre que acepta entrar a su presencia.

La primera pared de la capilla nos sitúa en el Génesis, en el principio de todo. Ese será el recorrido de la capilla: desde el principio y hasta el final, del alfa a la omega. Un personaje misterioso domina el centro de la escena, es Adán. Adán, cuyo nombre está compuesto por los cuatro puntos cardinales (*Anatóle, Dysis, Arktos, Mesembria*), con cuatro letras, como el que proviene de los cuatro elementos de la naturaleza (tierra, aire, agua y fuego), el que es puesto en el Paraíso, delimitado por cuatro ríos (Pisón, Geón, Tigris y Eufrates). El cuatro, que

¹ S. JUAN DE ÁVILA, Escritos sacerdotales, BAC, Madrid, 1969, p.138

² “Por tanto, es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar *toda* la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro « yo » aislado, hacia la más amplia comunión. Nos damos cuenta, por tanto, de que la fe no habita en la oscuridad, sino que es luz en nuestras tinieblas.” FRANCISCO, *Lumen fidei*, 4.

será el número de los evangelistas, que componen el Tetramorfo. Adán recibe de Dios el encargo de cuidar lo creado: los astros, las aves, los peces y reptiles, los mamíferos, todos contemplan en Adán su centro y equilibrio, le miran atentamente, como quien espera algo de él. De hecho, Orígenes dice que esta imagen representa cómo el hombre tiene ante sí, en los animales, todos los deseos y pasiones de la carne³, que el hombre puede dominar cuando confía en su creador, cuando vive vuelto hacia Dios. Por eso, en la imagen de Adán en la creación se puede decir que este tiene ante sí dos caminos, la luz y las tinieblas, el bien y el mal. Adán, que ha recibido de Dios un vestido⁴. Así por ejemplo en el relato apócrifo La cueva de los tesoros: “Cuando los ángeles vieron su aspecto glorioso se pusieron a temblar. Cuando se estiró y se puso erguido sobre la tierra, estaba vestido con la túnica real y tenía puesta en su cabeza una corona de gloria... Puso sus dos pies en aquel lugar donde estuvo clavada la cruz de nuestro Salvador. Allí se vistió los vestidos del Reino y fue puesta en su cabeza una corona de gloria. Allí fue hecho rey, sacerdote y profeta. Allí Dios le hizo sentar en el trono del Reino. Allí se reunieron todas las fieras, las aves y el ganado”⁵. De igual forma, en el manuscrito de san Quentin, aparece sentado y vestido, con dos plantas que lo flanquean: está con los brazos abiertos, dominando sobre los doce vientos como rey de la creación⁶.

Adán está puesto en ella, sin duda, como el que se relaciona con Dios, el que media entre la creación y el creador, el signo manifiesto de la Alianza primera, establecida en armonía, donde junto a un fiero animal carnívoro puede aparecer un pequeño herbívoro, sin miedo a ser devorado: el orden que Isaías anunciará (cfr. 11,6-8; 66,25) por la venida del Mesías tiene un precedente, una preparación, una realidad previa que ayuda al profeta a hacer su anuncio. Y Adán, el hombre, el primero de todo hombre, en el que todo hombre está anunciado, guarda el buen cuidado de todo.

Él es también un administrador, su custodio: en el Paraíso se encuentran dos árboles sobre los que Adán tiene orden concreta, el árbol del conocimiento del bien y del mal, y el árbol de la vida. Árboles –en el diseño de nuestra capilla con forma de madroños-, con frutos apetitosos, y un guiño claro al escudo de la Villa y de la Congregación. Adán, siguiendo el modelo propuesto por Gregorio de Nisa sobre cómo debería estar vestido en el Paraíso: “En lugar de un manto de púrpura, revestido de virtud... en lugar de un cetro, él se apoyaba en la alegría de la inmortalidad, en lugar de la diadema real, él estaba adornado con la corona de la justicia”. Aparece en su belleza, como un hombre sin pecado, tal y como ha sido creado, reflejando la paz y la luz de Dios, con gran autoridad y justicia. Prolongando su argumento, también comparará Gregorio su vestido con el de los bautizados: “Dios plantó el precioso jardín, Él construyó la santa Iglesia. La asamblea de los santos es imagen del Paraíso. No hay nadie desnudo entre ellos: la

³ ORÍGENES, *Homélies sur la Genèse*, SC 7bis

⁴ Jacobo de Sarug hablará de los tres vestidos de Adán: Los vestidos de gloria, que Adán perdió por su pecado (símbolo de su naturaleza mediadora), el vestido de hojas de árboles que Eva tejió tras el primer pecado (símbolo de su mortalidad escogida libremente), el vestido de piel que Dios le hace a partir de la nada (símbolo de la inmortalidad, de la gracia y de la vida prometida).

⁵ La cueva de los tesoros, Ciudad nueva, Madrid, 2018. p. 93-95

⁶ En pocas líneas, pero en mucha teología, Adán aparece en el Génesis con características propias del sacerdote, del profeta, y del rey. Supera, con mucho, la propuesta de estas líneas.

gloria los viste de nuevo. Ninguno aquí está cubierto solamente con hojas, o en actitud de culpa. Nuestro Señor mismo les ha llevado a encontrar la túnica de Adán de nuevo”⁷. También dice Efrén en sus himnos sobre el Paraíso: “Entre los santos ninguno está desnudo, porque se vistieron de gloria; ninguno cubierto con hojas de higuera o que esté avergonzado, porque les encontraron, a través del Señor, el vestido que pertenecía a Adán y Eva”⁸.

Desde el centro mismo de la escena, la túnica de Adán, se comprende la relación de Dios y el hombre, la relación con todo lo creado, que manifiesta la invitación que Dios ha hecho a su criatura a entrar en una comunión perfecta. Los astros, las aguas, los animales, los hombres... bendicen a Dios (Cfr. Dn 3) en un orden precioso, originario, armónico: todo creado para la alabanza⁹. Los colores también expresan esa misma serenidad con la que todo ha sido creado, son colores que hablan de tierra, de calor, de compañía, de lo que fluye en unidad a pesar de la diversidad, de la relación con el que todo lo sostiene.

No podemos menos que recordar también, al ver esta escena, a Orfeo: él ha domesticado a los animales con su música, ha conseguido que todos queden encantados con su armonía. Pero Orfeo será para los padres de la Iglesia un personaje que alcanzará su plenitud en Cristo... como Adán¹⁰.

En definitiva, en Adán la Iglesia contempla, lo sabemos bien, no solamente la realidad personal del primer hombre, sino también una personalidad corporativa, a toda la humanidad “en él”. De esta forma, podemos decir que la historia de la salvación, que la historia del hombre, es la historia de un sacerdocio, de una relación entre Dios y los hombres, de una alianza. Dios quiere relacionarse con los hombres: este misterio de su voluntad se realiza de forma sacerdotal. Es una voluntad que afecta a todos, por la universalidad inherente en Adán, pero la armonía primera no es definitiva.

La historia de la creación, de la alianza de Dios con el hombre, tiene su siguiente episodio en el pecado. Adán y Eva rompen con Dios confiando más en sus deseos y voluntades que en la palabra que su creador les había dado. Consideran que hay más seguridad en su visión de las cosas que en la que Dios les ofrece. Tanta autoridad, tanta capacidad de gestión, le hacen creer al hombre que tiene toda autoridad, toda capacidad en su mano: Adán ha de valorar más allá de la pura apariencia, de ser una realidad especial en la creación, “la única criatura a la que Dios ha amado por sí mismo”, que dice GS 24, para comprenderse en la gratuidad de una llamada.

El pecado aparece representado en la capilla en la vidriera de la izquierda, compuesta por once cristales de tonos templados, tirando a fríos: “el once significa

⁷ Así, por ejemplo, en mosaico en la catedral de san Marcos, en Venecia, Cristo aparece revistiendo a Adán, restaurando su imagen que había quedado corrompida.

⁸ EFRÉN, Himno sobre el Paraíso 6,9. Citado en S. P. BROCK, *L'occhio luminoso, la visione spirituale di sant'Efrém*, Roma 1999, 108.

⁹ IGNACIO DE LOYOLA, Ejercicios espirituales, 23: “El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima...”

¹⁰ Cfr. M. DULAHEY, Bosques de símbolos, Ed. Cristiandad, Madrid 2003. p. 102. “¿Qué canto es más dulce, qué acentos más suaves que el perdón de los pecados y la resurrección de los muertos?... Con este canto domesticó la violencia del mundo, ablandó la dureza del siglo; con esta arpa destruyó el terror de la muerte; con la dulzura de sus cuerdas ha pisoteado el infierno” (S. Ambrosio, sobre Jacob 2,9.39)

el pecado, porque este número traspasa la barrera del Diez, que es la cifra del Decálogo, y el pecado es la transgresión de la Ley”¹¹. Así, el pecado ha roto la Alianza con Dios. De una forma penosa y casi recurrente, cada alianza con la que Dios y el hombre pactaban, era rota por el pecado con el que el hombre, fiado en sus propias capacidades, en su propia mirada, respondía. La relación cercana, íntima, con la que Dios busca al hombre, se ve enfriada –por eso las tonalidades de los cristales- por una reacción en negativo: además, el pecado ha alcanzado también, según la enseñanza paulina, a toda la humanidad. Toda alianza ha experimentado su ruptura porque, en el fondo, el hombre está siempre marcado por su “ser en Adán”, cuando ha sido creado para “ser en Dios”.

Así, el mismo sacerdocio de Adán se ve afectado por su pecado: Adán pierde sus vestiduras, se descubre a sí mismo desnudo (Gn 3,7), y la ruptura de la Alianza de la primera semana tiene como consecuencia un alejamiento del Dios que lo había creado. El sacerdocio que Dios ha dado a Adán solamente tiene sentido en el ámbito de una relación de confianza, de dependencia: Dios la ha creado, Dios la sostiene, Dios la fortalece, pero si el hombre la rompe, su sacerdocio se debilita. Adán, enterrado con sus dones recibidos en la cueva de los tesoros, no lo pierde del todo, anunciando de forma profética un sacerdocio nuevo, eterno.

Pero el pecado también se ha querido significar no con una imagen sino con una vidriera porque esta muestra cómo la oscuridad de la muerte tiene que dejar paso a la victoria de la luz, la luz de Jesucristo, que nos trae una Alianza definitiva de paz. De hecho, el pecado sólo se entiende a la luz de la gracia (CCE 385). La creación, el pecado... y la gracia, la gracia de una alianza nueva, conforman un triángulo misterioso en la parte trasera de la capilla. Porque “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”, dice san Pablo (Rom 5,20). La gracia nos ha sido dada por Jesucristo (Jn 1,17).

Si el pecado rompía la paz de la amistad con Dios, ahora esa paz se nos ofrece por la Pascua de Cristo: El Hijo de Dios, sacerdote por la encarnación, se ofrece al Padre para rescatar al hombre caído por el pecado, para afianzar una Alianza nueva y eterna. El sacerdocio de Cristo une con Dios, devuelve la vida y la relación, no a un estado previo, sino a un estado de gloria por medio de la gracia del Espíritu Santo. Cuando el hombre ha caído, Dios ha venido en su ayuda haciéndose sacerdote. El primer sacerdote, Adán, es rescatado por el sacerdote eterno, Jesucristo.

Tradicionalmente la iconografía representa la escena de la Anastasis con Jesucristo descendiendo al lugar de los infiernos para sacar de allí a Adán y Eva, y con ellos a todos los justos que no habían podido subir al cielo, cuyas puertas estaban cerradas por el pecado del hombre: en la capilla de la residencia, Cristo realiza el mismo gesto sacando a Pedro de las aguas: “Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo, caí en tristeza y angustia. Invoqué el nombre del Señor: «Señor, salva mi vida»” (Sal 114,3-4). Así, lo que ha sucedido con Cristo, sacerdote, Dios verdadero y verdadero hombre, rescatado de las redes de la muerte por el Padre, sucede cuando Cristo rescata de los lazos del abismo a la humanidad entera. Ya está dibujado cuando Cristo saca de las aguas a Pedro, en el

¹¹ O. BEIGBEDER, *Léxico de los símbolos*. Encuentro. Madrid, 1989. p. 338.

conocido pasaje de Mt 14,22-33. Pedro, como Adán¹², como cada hombre, no se sostiene por sí mismo en la vida, en la Alianza con Dios, sino que lo hace creyendo en Jesucristo, que “salva mi vida”. Aunque el hombre pueda poner su confianza en su poder, en su cargo, en su información, el poder de salvar es propio de Dios. Jesucristo, con su encarnación, ha restituido la relación entre Dios y los hombres de una forma absoluta, “nueva y eterna”.

Jesús tira, así, de Pedro, como Dios tira de la creación de una forma nueva en la Pascua, no desde la infinitud divina, sino desde la debilidad humana, creando un movimiento de vuelta hacia el Padre, un movimiento salvador, recapitulador¹³, una dinámica nueva e imparable, que conduce al hombre rescatado de las aguas del pecado y de la muerte a la vida en la Trinidad, del pecado a la santidad¹⁴. Las manos que crearon al hombre al principio, que modelaron en el Génesis a la humanidad entera, ahora son manos que entran en el agua para rescatar de ella al hombre, comprendiendo así que la encarnación del Hijo de Dios trae para todos un sacerdocio salvador porque entrega la gracia: ciertamente, el Hijo se ha encarnado, se ha hecho sacerdote, para entregar a los hombres la gracia que le basta, la gracia que le salva la vida. Ese encuentro de las dos manos, la que tira y la que es tirada, la que es santa y la que es pecadora, la del que distribuye la gracia con el que la recibe... es también un encuentro que comunica la gracia para que la administre el hombre.

El sacerdocio de Cristo, del que decide hacer partícipes a los hombres, no es mérito humano: en ninguna de sus circunstancias, en ninguno de sus grados, en

¹² “Fue, pues, necesario que el Señor viniese a la oveja perdida para con tan grande Economía realizar la recapitulación, y para volver a buscar la obra que él mismo había plasmado; para salvar al mismo hombre hecho “a su imagen y semejanza” (Gen 1,26), es decir, al viejo Adán...”, IRENEO, en *Adversus haereses* III,23,1.

¹³ “Cuando se hizo hombre recapituló en sí mismo toda la historia de los seres humanos y asumiéndonos en sí nos concede la salvación; de manera que, cuanto habíamos perdido en Adán (es decir el haber sido hechos “a imagen y semejanza de Dios” [Gen 1,26]), lo volviésemos a recibir en Jesucristo”, IRENEO, en *Adversus haereses* III, 18,1. Conviene recordar, a este respecto: “La noción de «recapitulación» (ἀνακεφαλαίωσις) en Ireneo implica la restauración de la imagen de Dios en el hombre. Aunque la expresión viene de Ef 5, 10, el pensamiento de Ireneo tiene una amplia base bíblica. ... El primer Adán lleva en sí mismo la semilla de todo el género humano; el segundo Adán, por medio de la Encarnación, recapitula a toda persona que ha vivido hasta entonces y se dirige a todos los pueblos y lenguas. La redención no mira sólo al pasado; es una apertura al futuro. Para la recapitulación de la imagen y semejanza de Dios tienen que estar presentes tanto el Verbum como el Spiritus. El primer Adán prefigura al Verbo encarnado, en vista del cual el Verbum y el Spiritus han formado al primer hombre, pero éste permaneció en una condición de «niñez» porque el Espíritu, que da el crecimiento, lo abandonó. La semejanza dada por el Espíritu Santo introduce un nuevo y final período de la οικονομία que se completó en la resurrección, cuando todo el género humano recibió la forma del nuevo Adán. El aspecto pneumático de la ἀνακεφαλαίωσις es importante porque la posesión permanente de la vida es posible sólo por el Espíritu Santo.” en COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Algunas cuestiones selectas sobre Dios redentor*, III,6

¹⁴ “El poder de destrucción permanece en nuestras manos; la historia de Adán está todavía con nosotros (cf. Rom 5, 12-21). Pero el don de la obediencia semejante a la de Cristo ofrece al mundo la esperanza de transformación (cf. Rom 6, 1-21), libera de la Ley para una fructuosa unión con Cristo (cf. Rom 7, 1-6). Vivir bajo la Ley hace imposible la verdadera libertad (cf. Rom 7, 7-25), mientras que la vida en el Espíritu permite una libertad que viene del don clemente de Dios (cf. Rom 8, 1-13). Pero tal libertad sólo es posible por la muerte al pecado, de modo que podamos ser «vivos para Dios en Cristo Jesús» (cf. Rom 6, 10-11).” COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Algunas cuestiones selectas sobre Dios redentor*, II,15

ninguno de los momentos o decisiones de su vida. Es siempre un don. El hombre no lo puede afrontar fiado en sus cálculos o fuerzas, porque en ellas la fe se debilita y el hombre se hunde, haciendo estéril todo esfuerzo pastoral, toda práctica sacerdotal. “Te basta mi gracia, la fuerza se realiza en la debilidad” (2Co 12,9), fue la cita paulina que el capellán mayor de la congregación de san Pedro eligió para acompañar esta imagen, pues es la gracia de Dios la que sostiene al sacerdote en su labor, la que le anima en el día a día ante la experiencia del hundimiento, del fracaso. Este no se tapa, no se niega, sino que abre la puerta a la acción de la gracia de Cristo. La vida del discípulo, la vida sacerdotal, es siempre un seguimiento de Jesús, confiado en Jesús. Sólo se permanece en Alianza fiado en la gracia de Dios, que permite caminar sobre las aguas tempestuosas del pecado y la muerte.

La Alianza que Dios hizo con Adán ha sido renovada en Cristo, Dios y hombre verdadero, que ha ejercido un ministerio de amor, un oficio de amor en que Él mismo es la víctima ofrecida, entregada por amor a nosotros desde su encarnación. En el panel de la capilla, Cristo se dobla para rescatar a Pedro, para agarrarlo de la mano. Cristo se abaja, he ahí su encarnación, para hacerse hombre y sacerdote, y así rescatar a los hombres. Pedro acepta ser salvado por Cristo, por su Mesías, para llevar a cabo una misión salvadora para todos los hombres. Esa misión salvadora tendrá continuidad y reflejo en el sacerdocio comunicado a los hombres cuando este se viva en abajamiento también, como oficio de humildad: vivido así, ese sacerdocio de Cristo salva por medio de los hombres. Vivido como acción de obediencia, de confianza en el amor del Padre que lo ha creado, entrará a formar parte de toda una historia de salvación realizada sacerdotalmente.

La creación, a lo largo de toda la historia, se convertirá en un camino en el que el hombre buscará la santidad, será un peregrino por la historia, un sacerdote que busca el altar de Dios: “Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo” (Sal 84,3). El suelo, color de tierra, la madera de los bancos que se ondula en el techo, simbolizan todo ese recorrido que el hombre realiza de la mano de Dios, que la creación realiza de la mano del creador, siendo elevada, debilitándose en el pecado, fortaleciéndose por la gracia.

En ese camino, el creyente no peregrina solo, lo hace en la Iglesia, y es precisamente en el ámbito de la Iglesia en el que va descubriendo luces, estrellas, que le animan y conducen hacia la fuente de toda luz: son “los mejores hijos de la Iglesia”¹⁵, que han brillado en la oscuridad de los tiempos, y que nos animan a levantar la mirada, a maravillarnos con su variedad y su brillo, a continuar perseverando hacia el encuentro pleno. Todo ese espacio es la nave de la capilla: cualquiera que haya entrado en esa capilla en alguna ocasión, habrá encontrado a algún sacerdote residente en oración, en silencio, en penumbra, mirando al frente... En su oración está toda la Iglesia, a la que han entregado su vida y sus fuerzas, tantas veces cogidos de la mano por el Señor ante la tentación de ser autosuficientes, ante la debilidad de no confiar en la palabra del Maestro, pero sobre todo tantas y tantas veces con la esperanza de transformar el mundo para gloria de Dios, para darle el sentido con el que fue creado, con el que fue puesto en marcha por su Señor. En la oración de los sacerdotes, siempre, pero particularmente en la de los residentes, el componente intercesor, mediador, es vital. Es la vida. Ya no convocan catequistas, ya no reúnen alimentos para

¹⁵ Misal romano, prefacio de la misa de Todos los santos

distribuirlos, ya no dedican las horas al confesionario ni al despacho, pero oran por todos aquellos que han participado y se han beneficiado de sus acciones, por todos aquellos que siguen en esa misma peregrinación que ellos...

En ese camino comunitario, encuentran dos amigos de especial importancia en la casa en la que están, en la Congregación de san Pedro: el titular y el inspirador de la misma. Sin estar dentro de su ámbito propio, dentro del santuario, donde se perdería su visión, sí se encuentran cerca de él, como en un lugar que habla de acercamiento, de ánimo y de compañía¹⁶.

San Pedro ocupa el lado de la sede, el lado del gobierno, el lado desde el que se reúne la asamblea: los sacerdotes no realizan su misión pastoral, su cuidado de las comunidades, su guía de almas, por iniciativa propia, sino que otro les ha dado la mano, otro les ha llamado. Han ejercido su tarea por una llamada del Señor, como la que ha experimentado Pedro en la barca, mientras pescaba, mientras estaba a sus cosas (Lc 5,1-11). Los sacerdotes han trabajado en la católica, por la católica, al servicio de los hombres para ofrecerles la salvación universal que el maestro ha traído. El ejemplo del apóstol san Pedro refleja tantas veces el espíritu sacerdotal, con un corazón grande, deseoso de seguir al Señor al que ha reconocido, con fortaleza pero con unas debilidades que aparecen manifiestas en tantas circunstancias inesperadas: confiando y desconfiando, confesando y negando, magnánimo pero empedregado...

San Pedro es representado con la túnica, con la mano abierta de quien expone honestamente el mensaje recibido, y las llaves que el Señor le dio para gobernar la Iglesia (Mt 16,19). Además, su imagen está acompañada, en imagen de colores marrones, como un imborrable recuerdo, de su llamada en la barca, cuando fue invitado a ser "pescador de hombres".

En el lado de san Pedro se sitúa la sede, lugar de Cristo Rey, que congrega a la asamblea para comenzar la oración y, desde ella, escuchar la Palabra del Maestro, como lo que es, uno más que necesita ser instruido por esa Palabra en la que Cristo se revela. La sede de madera, como son los asientos del resto de la asamblea, del resto de los sacerdotes, está adornada por una cruz mozárabe formada por círculo y cuadrado inscrito, simbolizando la encarnación del Hijo de Dios, típicamente española, cruz en hierro con colores en referencia también a la encarnación.

Al otro lado del espacio delantero, en el lugar del ambón, se encuentra san Juan de Ávila, que con su predicación y espíritu inspiró a Jerónimo de la Quintana y compañeros a la fundación de la Congregación, en 1619. San Juan de Ávila, nacido en Almodóvar del Campo en 1499 y fallecido en Montilla en 1569, lleva a cabo con su reflexión y su predicación una auténtica renovación en el sacerdocio diocesano y en la tarea evangelizadora en su tiempo, inspirador de grandes santos, santa Teresa, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola... Atravesó España de este a oeste, Extremadura, Toledo, la Mancha, Ciudad Real, y luego Granada, Córdoba... Preparó al arzobispo de Granada para el concilio de Trento. Es un personaje de

¹⁶ Conviene resaltar aquí que los bancos de madera de las primeras filas están pensado para los concelebrantes, algo más anchos y cómodos, con reposabrazos y cojín, de tal manera que puedan sentirse cerca del que preside, con el que comparten la escucha de la Palabra, la primera parte de la misa. En esa zona, se ha liberado de bancos la primera fila, pensando en que ahora que la capilla es totalmente accesible, sacerdotes en silla de ruedas puedan participar concelebrando desde un lugar próximo al altar, al ambón y a la sede.

gran importancia en la historia de la Congregación de san Pedro, por eso era necesaria su presencia en la capilla, en el lado del ambón, el lado de la predicación de la Palabra de Dios.

San Juan de Ávila aparece revestido con su sotana y con dos signos que le identifican completamente, su obra más conocida, *Audi Filia*, y la cruz de Cristo, sobre la que no solamente predicó en sus homilias y reflexiones, sino también en los múltiples padecimientos y persecuciones de las que fue objeto en su vida. Recorrió las tierras de España anunciando el evangelio e invitando a la conversión a la fe, ofreciendo una predicación para cercanos y lejanos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, tal y como es representado, bajo un olivo, el “apóstol de Andalucía”. Ya enfermo y retirado en Montilla, enseñaba en una de sus predicaciones, que “las enfermedades y achaques de los viejos son el vino generoso con que Dios obsequia a sus amigos”. Esta afirmación ha llevado a querer representar junto al sacerdote dos tinajas, adornadas con los mismos motivos que tienen otros lugares de la capilla (la lámpara del sagrario, el atril de la sede...), pues son sacerdotes, en muchos casos con enfermedades y achaques, los que en esa capilla oran por la Iglesia en profunda amistad con Dios. Esa mirada de fe hacia los padecimientos y dificultades del día a día del Maestro Ávila es compartida con los que, cada día, entran en la capilla con sus enfermedades y achaques para visitar “al amigo” y compartir con Él “obsequios”.

El ambón, lugar de la Palabra de Dios, es de metal, como la cruz de la sede, con los mismos colores de la cruz de la sede, y lacería mozárabe que simboliza el misterio de la historia, impenetrable sin la ayuda de la Palabra revelada, iluminado por la Palabra encarnada. El ambón se completa con una plancha de madera del mismo tono que la sede y los bancos, y también que el techo. Es fijo y de gran dignidad, pues Cristo maestro, el profeta, se hace presente a su Iglesia cuando en ella se proclaman las Sagradas Escrituras (cfr. SC 7).

Tanto el ambón como la sede están directamente iluminados por una luz que sale de una gran estrella sobre cada uno de los dos polos litúrgicos, que facilita el ejercicio del ministerio real y profético. Conviene levantar la mirada y contemplar la belleza de las estrellas, todas distintas, todas en tonalidades azules, rojos, amarillos y dorados, de seis puntas o lados. En la oscuridad de la noche de la historia, de nuestras debilidades y achaques, de nuestras soledades e incapacidades, los santos nos iluminan y acompañan... hasta situarnos ante el santuario, distinguido por un arco en el que se ha situado la imagen de la Virgen María, arca de la nueva alianza.

Es la Inmaculada Concepción, que pisa la serpiente tal y como Dios anunció a Eva, anunciando su victoria sobre el pecado. La Congregación de san Pedro, de solemne y antiguo voto inmaculista, venera a la Santísima Madre de Dios, y la contempla en icono con su túnica azul de variada tonalidad, cubierta de rojo, como se representa tradicionalmente a la que es mujer revestida, cubierta de la gracia del Espíritu Santo. Con las manos en posición orante, como en Pentecostés, intercediendo por la Iglesia, entonces en la tierra, ahora en el cielo. Su rostro de tez morena recuerda a la patrona de la diócesis de Madrid, la virgen de la Almudena, con una corona como la de esta imagen, y las tres estrellas en la frente y hombros que hacen referencia a su virginidad antes, durante y después del parto. Es “la mujer vestida de sol” (cfr. Ap 12), que refleja la luz recibida de Dios, pero además lo

hace a la vez desde la temporalidad de la Iglesia, de ahí el gesto preocupado, intenso, en su rostro; de hecho, su lugar en la capilla significa precisamente esto, su presencia en la eternidad de Dios, como asunta al cielo, pero su cercanía temporal con la Iglesia, a la que se une en la oración de la Iglesia, en la que el Hijo se hace presente¹⁷. María está coronada por doce estrellas de seis puntas que enlazan bien con el resto del cielo, conectan a la Toda Santa con todos los santos e introduce a la Iglesia en el santuario divino, donde ella ya participa de la alabanza eterna, y la luna por pedestal.

Por eso, se ha visto oportuno acompañar su imagen con una cita que la tradición de la Iglesia ha aplicado en tantas ocasiones a la Virgen María, y que ha dado pie al origen del libro de san Juan de Ávila junto al que aparece: “Escucha hija, mira, inclina el oído... prendado está el rey de tu belleza” (Sal 44, 11). Aquí, sin embargo, en la capilla, aparece también el versículo referido a la Iglesia, a la belleza de la Iglesia, una belleza misteriosa, oculta, en un grupo de sacerdotes ancianos. No podemos sino recordar un versículo del mismo salmo 44 que, referido a Jesucristo, ayuda a comprender también su sacerdocio: “Tu Dios te ha ungido con el óleo de la alegría” (Sal 44,8). Esta unción no es de origen terrestre. Es incorpórea e invisible. No es una unción de aceite, como la del sacerdote profeta (de la antigüedad); no se hace con un cuerno como la del rey, sino que Cristo es ungido con el óleo de la alegría”¹⁸.

Esta referencia al salmo 44 se emplea para explicar que es el Espíritu Santo el óleo de alegría que ha ungido a Cristo. Él es “el más bello de los hombres”, en cuyos “labios se derrama la gracia”, la unción con el don del Espíritu. El más bello de los hombres ha sido ungido como sacerdote, y esta unción manifiesta también el camino de descenso del Hijo, tal y como expone Pablo en Flp 2, 5ss. Este nuevo pontífice marcará así una nueva diferencia con el sacerdocio de Aarón y con el sacerdocio de todo el Antiguo Testamento: Mientras que en aquel, el camino para todo sacerdote era el de la ambición, la carta a los Hebreos explica cómo Cristo tuvo que prescindir de todo tipo de ambición o privilegio descendiendo hasta el lugar más bajo, haciéndose hombre y muriendo.

Explica A. Vanhoye¹⁹ que entre las condiciones requeridas para el ejercicio del sacerdocio, la ley de Moisés prescribe la ausencia de toda enfermedad y defecto físico: “Ningún descendiente de Aarón que tenga defecto corporal puede acercarse a ofrecer los manjares que se abrasan en honor de Yahveh. Tiene defecto: no se acercará a ofrecer el alimento de Dios” (Lev 21, 21). Nadie puede ser sumo sacerdote a no ser que esté exento de todo defecto corporal. No puede serlo un individuo “deforme o monstruoso” (Lev 21, 18). Igualmente ha de guardarse todo sacerdote de contacto con la muerte: ni puede tocar un cadáver, ni siquiera guardar luto por un muerto. Sin embargo, Dios ha ungido como sacerdote a su

¹⁷ “Decir que la Mujer está *amicta sole*, significa decir que está circundada por la divinidad del Altísimo”. La prueba se nos ofrece en las palabras del ángel a María, las cuales ponen de manifiesto que la intervención salvífica compromete a las Personas de la Trinidad: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, aquel poder del que Pablo dice: “Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios”*». M. G. MUZ], El fuego transformante, Cuadernos monásticos, 199. p. 460

¹⁸ HILARIO DE POITIERS, Tratado sobre los salmos. In Ps. 132, 4

¹⁹ A. VANHOYE, Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento, Ed. Sígueme, Salamanca 1995, p. 86

Hijo con el Espíritu Santo: esta unción es la única condición para el nuevo sacerdocio. Esta unción que pone en contacto lo divino con lo humano, convierte al Hijo en el nuevo sacerdote perfecto: el contraste es todavía mayor cuando sabemos que este nuevo sacerdote, “el más bello de los hombres”, será el mismo del que se diga: “Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos” (Is 50, 6). El mismo del que se diga que “tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía ni hombre, ni su apariencia era humana. No tenía ni apariencia ni presencia; y no tenía aspecto que pudiéramos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable y no le tuvimos en cuenta. Como un cordero al degüello era llevado. Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba” (Is 52, 14; 53, 2-3. 7-9).

De esta forma, se presenta la unción de Jesús como una nueva forma de unción, la unción celeste que capacita al Hijo para ser pontífice perfecto entre Dios y los hombres porque su asimilación a los hombres va a ser tal, que va a aceptar pasar por sus mismos sufrimientos y debilidades; incluso por su misma muerte: “pues no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo como nosotros, excepto en el pecado” (Hb 4, 15). La unción divina capacita la humanidad recibida de María para que la persona del Verbo pueda ser perfecto sacerdote, no a la manera del Antiguo Testamento, sino según la nueva Alianza, una Alianza que se realiza en la carne y en la sangre.

Además, ese mismo óleo de alegría es el que Cristo ha utilizado para la salvación y divinización de los hombres. Este sacerdote nuevo va a comenzar un nuevo sacerdocio mediante el don de ese óleo de alegría que se derrama sobre nosotros, los hombres²⁰. Así, dará continuidad a una nueva familia sacerdotal, la que se crea por la filiación divina, por la que se entra en el santuario, pues es la unción de la gracia la que capacita para entrar en el santuario a, con Cristo, presentar la ofrenda.

Cuando un sacerdote se sienta en la capilla a orar, se prepara para celebrar la santa misa, sube al altar para realizar la ofrenda, lo que la Iglesia contempla, llena de fe, es la belleza de Cristo en su pobre ofrenda, igual que en la cruz. La misma en el sacrificio incruento que en el único sacrificio cruento del Hijo. El versículo del salmo anima, así, al sacerdote a que la ofrenda sacerdotal no sea solo la eucarística, sino toda su vida.

Dios, prendado de la vida sacerdotal, llama a los suyos a participar en la ofrenda del Hijo, a entregarse a Él llenos de fe con todas sus debilidades, contemplando la imagen que domina toda la capilla: a Jesucristo, sumo y eterno

²⁰ Valga como ejemplo en el misal romano el texto que, inspirado en la parábola del buen samaritano, ofrece el Prefacio común VIII: “En verdad es justo darte gracias y deber nuestro alabarte, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, en todos los momentos y circunstancias de la vida, en la salud y en la enfermedad, en el sufrimiento y en el gozo, por tu siervo, Jesús, nuestro Redentor. Porque él, en su vida terrena, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. Por este don de tu gracia, incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor, vislumbramos la luz pascual en tu Hijo, muerto y resucitado. Por eso, unidos a los ángeles y santos, cantamos a una voz el himno de tu gloria”.

sacerdote, que desde la gloria del Padre asegura la perenne efusión del Espíritu y llama a los suyos a vivir en intimidad y en eternidad con Él, pues ha ido a prepararles sitio. Así, Cristo, sentado en su trono de gloria, bendice a la Iglesia con el don del Espíritu para que pueda entrar en el santuario, para que pueda entrar sacerdotalmente en la gloria del cielo, pues Él, que puede abrir el libro de la historia con sus siete sellos (Cfr. Ap 4), ha vencido a la muerte y ha resucitado, vive para siempre, y no vive sólo para sí, sino que introduce al hombre en la gloria de la Trinidad, en su santuario, cogiéndolo, no por la mano como a Pedro, pues ya no está “naturalmente” entre nosotros sino “sacramentalmente”, por los sacramentos, por los que derrama su gracia.

En la pared principal del santuario, curvada, para indicar que “su reino no tendrá fin”, que la omega de la historia y del tiempo no lo es de su poder ni de su gloria, Cristo es todo luz, todo color, todo alegría: allí ya no hay llanto, ni luto ni dolor. El color es la multiforme gracia de Dios, la plenitud de la luz sin tiniebla alguna, en diferentes tonalidades, degradados, fuertes, naturales²¹. Es la irradiación del ser de Dios, la manifestación de la Trinidad. Es el Pantocrator que lo domina todo. El hombre puede sentarse frente a Él, en un banco, en la capilla, y al contemplar su imagen, experimentar su cuidado, pues la mirada del Pantocrator, de este sumo sacerdote es misericordiosa: Él es el “sumo sacerdote misericordioso y fiel”, que dice Hb 2,17. En una imagen que llama a la fe, a confiar en el amor sacerdotal de Dios por los hombres, el sacerdote se sienta en la capilla, o se acerca al altar de Dios a presentar la ofrenda, y lo hace confiado en el amor de Dios, lo hace sabiendo que ese Cristo sacerdote alegra su juventud, la vida eterna. Todas las oscuridades de esta vida, todas las debilidades y cansancios, no pueden ante el amor de Dios y la victoria del resucitado.

La imagen del sumo sacerdote en su trono, tal y como refleja la visión del Apocalipsis, es el origen de la gracia, representada en los ríos²² tal y como aparece,

²¹ La policromía es la forma de usar colores, según la cual cada color ocupa su espacio de manera uniforme, sin usar sobras o colores intermedios, dependiendo de un contenido ideal o afectivo que se quiere transmitir. Aplicando este procedimiento en la pintura de la capilla, vemos que los colores son más o menos uniformes, cada uno ocupando un sitio determinado: son los ojos los que los unen en la vibración de los contrastes entre colores complementarios, y colores fríos y cálidos. También en la pared de Adam vemos policromía en la creación de un paisaje antinatural, ya que los colores no imitan la naturaleza: son esquemáticos, pero al mismo tiempo no son puramente decorativos. La estructura de la composición, mediante el dibujo de cuadrados y rectángulos, ha permitido al artista aplicar ricamente los colores puros (tanto primarios como secundarios) en campos bien definidos, formando un gran mosaico de colores que se pueden ver en la pared de Adán y en la de Cristo con el tetramorfo. Los colores puros hacen dos contrastes principales: contrastes de colores complementarios, y colores fríos y cálidos. No es casualidad que en las pinturas de la capilla se haya favorecido el contraste frío y cálido. Los estudiosos del color como Johannes Itten muestran que es constante el uso de estos colores en la representación del mundo divino y espiritual. Los principales contrastes frío y cálido se ven en el uso del rojo y el azul, principalmente en la pared central. También en la elección del gran contorno verde que separa los cuadrados y rectángulos, tanto de la pared de Adán como de la pared central.

²² “Es la liturgia fontal, en la que la humanidad vivificante del Verbo encarnado está con el Padre para hacer brotar el río de la Vida: es la liturgia celeste. Por usar la expresión de la carta a los Hebreos, está allí “el punto principal de lo que venimos diciendo: tenemos un sumo sacerdote tal que se sentó a la derecha del trono de la Majestad en los cielos. Él es el ministro del santuario y del tabernáculo verdadero que construyó el Señor y no un hombre” (Hb 8,1s.). Esta liturgia eterna –en el sentido de que el Cuerpo de Cristo permanece incorruptible- no pasará; al contrario, es ella la que hace pasar este mundo a la gloria del Padre en una gran Pascua, cada vez más poderosa”. J.

por ejemplo, en la iglesia de san Vital, en Rávena²³. Es la Jerusalén del cielo, en la que Cristo es rodeado por el Tetramorfos²⁴, las representaciones de los cuatro evangelistas, Mateo y Juan arriba, Marcos y Lucas abajo²⁵, animales alados, cuatro, según el simbolismo cuaternario, como los cuatro elementos que componen la materia²⁶, representando la visión del profeta Ezequiel (1,10). Es precisamente por su ser cuaternario, por lo que el hombre puede comprender esta realidad para aceptar por la fe entrar en el misterio invisible: nos encontramos ante una “ventana”, un *oculus* a lo divino. La imagen de Cristo está flanqueada por el Alfa y la Omega, en similar tipografía a la que aparece en la iglesia de san Apolinar in Classe, en Rávena. Será la misma que encontremos en la cruz colgante.

Y a la derecha, según se contempla, el sagrario, dorado, dentro de una cruz que proclama la santidad de Dios. A semeja así también los grupos de las tribus de Israel que protegen en medio la Tienda del encuentro (Cfr. Num 2,1-25), que luego reflejará Ezequiel en su visión del Templo, donde Dios vive y de donde brotan las aguas sanadoras, el lugar Santo, donde ahora queda la presencia eucarística del Señor²⁷. Si nuestra mirada continúa hacia la derecha, la vidriera, a diferencia de la trasera, tiene doce ventanales de colores cálidos, nueve de una tonalidad, representando los nueve coros celestiales, y tres en otra, las tres personas divinas²⁸. El número doce hace referencia aquí, entonces, a la presencia celeste, a la vida en

CORBON, Liturgia fundamental, Palabra, Madrid, 2001, p.67. La última visión del Apocalipsis cobra todo su sentido, pues es el río de la Vida, la gracia que cura y da vida eterna, la que brota desde el Trono de Dios por la liturgia para santificarnos: Ap 22,1s. es ya celebrada por la Iglesia, y así será eternamente.

²³ Toda la decoración de san Vital, y del resto de monumentos clásicos de Rávena, combinan un cierto naturalismo con el simbolismo más acentuado, como si la naturaleza entera fuera así convocada a la alabanza divina, actividad más alta que el espíritu humano puede realizar por acción del Espíritu divino: así, por ejemplo, estas hojas de flores representan con sus colores la Trinidad, con la que entramos en comunión por la gracia.

²⁴ “En el mundo mediterráneo antiguo, las figuras de estos cuatro seres vivientes tiene su origen en el cielo, y su iconografía está ligada al poder de los seres más excelsos en las distintas categorías de los vivientes: el águila, como rey de las aves del cielo; el toro, como el más fuerte de los animales domésticos; el león, como el más feroz de los animales salvajes, y el hombre, el más excelso de todos los seres. Siempre ligado al simbolismo cuaternario, los seres están vinculados a los cuatro elementos que componen la materia: aire, agua, tierra y fuego. Estas potencias, separadas en el cielo y unidas por el eje central, pueden encontrarse superpuestas en una única figura, que será el Querubín bíblico o la esfinge en el ámbito egipcio, que concentra en un solo ser viviente todas las características de los cuatro seres, como un resumen de toda la creación”. R. MONTEIRO, Arte sacro, iconografía y miniaturas mozárabes, en Los Mozárabes, Almuzara, Córdoba, 2018. p.255

²⁵ Estos en la línea del sagrario, donde el alimento eucarístico, Cristo muerto y resucitado, muerte vinculada al toro, al sacrificio, resurrección vinculada al león, en el Apocalipsis.

²⁶ “La tradición judaica hace corresponder a cada uno de los seres vivientes las cuatro letras del nombre divino IHVH; “Y” sería para el hombre; “H” sería para el león; “V” para el toro y la segunda “H” para el águila. Este carro simboliza el actuar divino en el mundo, es otra expresión de la revelación natural o cósmica, la Voluntad del Verbo que actúa sobre el mundo sensible como sobre el mundo sobrenatural, determinando y manteniendo cada cosa”, J. HANI, El simbolismo del templo cristiano. Arkeios, Roma, 1996. p. 100.

²⁷ Conviene notar que, en su interior, el sagrario está decorado en la puerta con un crismón triple en un círculo triple: tres círculos concéntricos con el monograma de Cristo indican las tres personas divinas de la Santa Trinidad.

²⁸ La unión del color con la luz es, en última instancia, la unión de la tierra con el cielo y la celebración de las bodas del Cordero se lleva a cabo en un festival de colores puros.

el cielo, que permite pasar la luz y colorear lo que sucede en el altar, la vida de los hombres.

El altar es de piedra²⁹, pero tiene en su frontal un elemento común con la sede y el ambón: la representación del cordero pascual es en hierro, rodeado por rayos metálicos en este caso. El cordero ha sido inmolado pero está en pie, tal y como dice el Apocalipsis (5,6): este cordero mira a un lado mientras su cuerpo gira al otro, en posición forzada, para indicar la muerte en una dirección y la resurrección en la otra³⁰. Para el que observa de frente, el simbolismo es claro: el sacerdote y la víctima es Cristo, y ambos simbolizan la resurrección, uno sobre el altar, el otro representado en él. El sacerdocio de Adán ha llegado a su punto culminante: Cristo es sacerdote y víctima, vencedor del pecado y la muerte, y la Iglesia lo festeja así sacramentalmente para entrar en su gloria divina, un día, cuando Él quiera y nos llame.

Ahora, aquello que empezó como preciosa armonía en Adán, se convierte en plenitud por la tormenta perfecta del misterio pascual de Cristo, y su sacerdocio, entregado a la Iglesia, permite a todo hombre acercarse a participar sin miedo en la fiesta de la salvación. Ahora el sentido de Adán y de la creación se comprende en plenitud cuando se revela un pueblo que puede entrar a la celebración del cielo por ser un pueblo sacerdotal, que ha recibido el sacerdocio, la unción de la gracia de Cristo. Pero mientras no todos estamos en el cielo, mientras vamos de camino, de allí obtiene para nosotros el sacerdote el alimento celeste. El sacerdote, que empieza la celebración fuera del santuario, entra en él para convertir pan y vino en Cuerpo y Sangre de Cristo, alimento celeste, que no cuelga de los árboles del paraíso, sino que tras colgar del madero una vez para siempre, vive eternamente en el cielo y se dispone para nosotros en el sacramento.

Por eso sobre el altar está la cruz: Cristo es el árbol de vida. Está en el principio, enfrente, en Adán, pero no lo vemos, sólo lo intuimos. Ahora, la cruz sobre el altar nos muestra el verdadero eje de la historia, el eje horizontal que hemos recorrido sólo tiene sentido con este eje vertical. La cita de san Juan que la adorna, desvela el misterio: "Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12,32). Este árbol, con sus frutos en color para que no haya duda, tiene el alimento del que hay que comer, alimento por el que nos atrae y nos gana para sí. Si Adán recibió el mandato de no comer para vivir, y por desobedecer murió, ahora el nuevo Adán, obediente, nos da el mandato de comer para vivir. Por su entrega en la cruz se infunde sobre los alimentos en el altar el don del Espíritu Santo, simbolizado en la corona visigótica, adornada con unas estelas o cruces visigóticas, y también en las siete luces modernas, que contrastan con los elementos

²⁹ "Pues no quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y por el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo." (1Co 10,1-4)

³⁰ "La incómoda posición que el Cordero asume para sustentar la cruz procesional pone en evidencia la intención del artista de mantenerla en el eje de la estructura (aunque plana, tridimensional). De hecho, esa cruz es el *axis mundi* que vincula lo más alto de los cielos con la tierra, y está en estrecha conexión con el libro-arca cerrado, y que es abierto sólo con el sacrificio del Agnus Dei sobre la cruz." R. MONTEIRO, *Arte sacro, iconografía y miniaturas mozárabes*, en *Los Mozárabes*, Almuzara, Córdoba, 2018. p.265. En nuestro caso, a diferencia del beato representando la *Merkabah*, la cruz no está en el cordero, sino sobre el altar, en el mismo eje.

clásicos. Este eje vertical representa lo que explican los números 7 y 8 de *Sacrosanctum Concilium*, nos llaman a reconocer hoy la eternidad que esperamos, que el sacerdote hace presente cada día en el altar y en su vida.

La corona se encuentra dentro del movimiento de donación de vida que proviene del Padre, pasa por el Hijo, y sucede en el Espíritu: es una *epiclesis*, y por esta razón, el conjunto compone una especie de ciborio sobre el altar cúbico, cuyos cuatro lados se abren a los puntos cardinales, a la catolicidad de la salvación, y que es el apoyo del eje vertical que hemos comentado.

La corona cuelga de su fuente, en lo alto, en el cielo, una estrella de seis puntas que es, en realidad, un crismón. Las seis puntas son, en realidad, las de las letras griegas Ji y Ro, las dos primeras del nombre de Cristo, y que dan sentido a todas las estrellas y signos de seis puntos que hay en la capilla³¹. Recuerdan también a todas aquellas preciosas estrellas de seis puntas que flanquean la cruz de la transfiguración de Jesús en el tímpano de la iglesia de san Apolinar in Classe, por ejemplo. El seis es el número de Cristo, entonces, que hace referencia a lo sobrehumano, al poder. Seis son los días de la creación, pues en el sexto día es creado el hombre, a imagen de Dios³². Así, el seis y el crismón hacen referencia a la encarnación, donde comienza Jesucristo su sacerdocio mediador para nuestra salvación. Dios ha realizado un movimiento descendente, por nosotros, para elevarnos a Él: así, el oro del crismón representa a Dios en su cielo como la fuente de la gracia y de la salvación, lo que remite de nuevo a los ríos de la gracia³³ que brotan del trono del Cordero (Ap 22,1), representados con el oro también en la pared del presbiterio.

De “la explosión” que supone el centro de ese crismón, del ser de Dios, nace un anuncio que se expande no solamente al nivel del suelo, del altar, sino para llevar a cabo un anuncio celeste: por eso, del crismón nacen doce lenguas azules, que representan el anuncio de los doce apóstoles, el mensaje del Reino de Dios que los Doce³⁴ como grupo llevan a todos los hombres para hacerles partícipes de la vida de Dios, un anuncio del que han participado los presbíteros en su vida entregada. Así, tanto a nivel de tierra como en lo alto, queda reflejado el deseo de expansión del amor y la salvación de Dios.

³¹ Este crismón también estaba a menudo acompañado del Alfa y la Omega, representando la resurrección, signo del poder de Cristo y su victoria, pero también el monograma de Cristo, la estrella de seis puntas, nace de superponer las iniciales del nombre de Jesucristo en griego, La Iota (ι) y la Ji (χ), formando una estrella de seis puntas (*), o la también característica α*ω.

³² “La idea de poder aneja al número seis hay que ponerla en relación sobre todo con los seis días de la creación”. O. BEIGBEDER, *Léxico de los símbolos*. Encuentro. Madrid, 1989. p. 334.

³³ “En una visión nueva, grandiosa y sintética, vemos fusionarse con la imagen del río desde arriba, que es el “comienzo”, el del Jordán histórico, en el que estaba inmerso el Salvador, el del Jordán sacramental, un nuevo río de vida que abraza el mundo entero y, al final de los tiempos, el del río celestial de Jerusalén que fluye del trono de Dios y del Cordero...”. M. G. MUZJ, *Simboli della natura*, p.79

³⁴ “Los Apóstoles, jefes del Israel escatológico, que eran doce como las tribus del pueblo elegido, prosiguen la “recolección” iniciada por el Señor, y lo hacen ante todo transmitiendo fielmente el don recibido, la buena nueva del reino que vino a los hombres en Jesucristo. Su número no sólo expresa la continuidad con la santa raíz, el Israel de las doce tribus, sino también el destino universal de su ministerio, que llevaría la salvación hasta los últimos confines de la tierra. Se puede deducir del valor simbólico que tienen los números en el mundo semítico: *doce* es resultado de multiplicar *tres*, número perfecto, por *cuatro*, número que remite a los cuatro puntos cardinales y, por consiguiente, al mundo entero.” BENEDICTO XVI, Audiencia general, 3 de mayo de 2006.

Y esto es muy importante para el sacerdocio, para los sacerdotes, y con más motivo para los que en una residencia sacerdotal moran: Dios ha mostrado su poder en la actividad sacerdotal del día a día, en toda “su creación”, lo sigue mostrando en este tiempo retirados, digamos que viviendo más la alianza que la actividad, lo mostrará en plenitud cuando la participación en el misterio pascual sea plena y definitiva. Aquí ya no hay oscuridad ni tristeza, aquí hay confianza y alegría, porque el tiempo y la historia son del sumo y eterno sacerdote, que nos ha asociado misteriosamente en la historia y en toda la vida de cada uno de ellos.

Por eso, podríamos terminar esta breve descripción volviendo al principio, pero a un principio nuevo, según el que está reformada³⁵ la sacristía: allí, Zacarías, mientras realiza en el templo de Jerusalén su oficio sacerdotal, contempla al ángel que le anuncia la buena noticia del nacimiento de Juan Bautista, el precursor, previo a la venida del Señor. Esta imagen ha sido acompañada por un versículo del Salmo, que se reza con frecuencia en la liturgia de las horas pero que durante tantos años ha acompañado a los ancianos sacerdotes como preparación al inicio de la misa, en el rito de san Pío V.

La celebración de la eucaristía es la preparación para la venida del Señor, no solamente sacramental, también en la Parusía. Y el sacerdote anciano que sale a celebrar misa lo hace con alegría, sale al altar para ofrecer la acción de gracias, es decir, la eucaristía, que hace que uno experimente la eterna juventud de la gracia, oficiando en la presencia de Dios. Así como la sacristía es preparación para la celebración de la misa, y la escena quiere ayudar a esa preparación, la eucaristía es principio de la vida eterna, a la que el sumo sacerdote Jesucristo nos ha abierto las puertas por pura gracia.

³⁵ La reforma de la capilla de la residencia ha sido proyectada, dirigida y desarrollada por el arquitecto D. José Gabriel Bernabé Collados, que ha contado con el asesoramiento de la arquitecto D^a M^a Esther Prieto Puig. El artista que ha llevado a cabo el proyecto iconográfico ha sido D. Sergio Cerón Alves, y el artesano que ha fabricado la ornamentación litúrgica D. Safroni Melek. Dios pagará con creces el esfuerzo, la inspiración y el talento con el que han llevado a buen término este proyecto para el desarrollo del arte litúrgico en la diócesis de Madrid y su ayuda de la oración y santificación de los ancianos sacerdotes residentes y de toda la Iglesia.